

PARA UNA TEOLOGIA DE LA PERMANENCIA EUCARISTICA

por JESUS ESPEJA, O. P.

INTRODUCCION

El dogma eucarístico incluye tres verdades íntimamente unidas: conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre del Señor; presencia real de Cristo, como término de esa conversión; y permanencia bajo las especies sacramentales, mientras éstas se mantegan incorruptas.

Centramos la atención principalmente en este último punto: ¿la presencia de Cristo en la eucaristía se limita al momento de la comunión, o trasciende al sacrificio y banquete propiamente dichos? ¿la presencia del Señor bajo las especies sacramentales es una realidad que hacemos nosotros cuando comulgamos con fe, o más bien un don objetivo, rue Dios hace a su Iglesia y al mundo, independientemente de la buena acogida de los hombres? ¿el culto del pueblo cristiano a esta presencia permanente es invención de la Iglesia u obedece a la voluntad de Cristo? ¿este culto perjudica a la celebración comunitaria de la misa o más bien es algo exigido por el mismo sacrificio eucarístico? La respuesta a estos interrogantes es decisiva para la orientación de la piedad cristiana.

Con la Iglesia Católica profesamos nuestra fe santa: «una vez realizada la consagración, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo permanecen en el admirable sacramento de la eucaristía, no sólo mientras se comulga sino también antes y después, en todas las hostias y partículas consagradas, que se reservan después de la comunión» ¹. Con-

1. Conc. Trid. Ss. XIII, *Cns. de ss. Euch. sacramento*, can. 4, Dz. 886.

siguientemente: «en el sacramento santo de la eucaristía, Cristo, Unigénito Hijo de Dios, ha de ser adorado con culto externo de latria; manifestaciones de este culto son las fiestas especiales celebradas en su honor, la costumbre laudable y universal de llevarle solemnemente en procesión, y la exposición pública del sacramento para la veneración del pueblo» ².

Tocamos el corazón del misterio eucarístico. La tierra que pisamos es santa, y trasciende las posibilidades de humanos raciocinios. Es necesario despojarnos de nuestras pequeñas perspectivas, y acercarnos, apoyados en la palabra de Dios, una palabra «que se justifica a si misma» ³; palabra, que el Salvador reactualiza en la Iglesia, mediante el magisterio, sacramento de la palabra, «eco perenne de la voz de Cristo» ⁴.

No se trata de inventar o demostrar nada. Dios ha trazado libremente los caminos de salvación que aceptamos de antemano. En esta aceptación previa, nos acercamos a la verdad revelada para deslumbrarnos más ante sus dimensiones trascendentes, para creer más; para entregarnos religiosamente en un acto de culto y adoración a Cristo resucitado presente en la comunidad eclesial.

I.—«EMMANUEL, DIOS CON NOSOTROS»

Cristo instituye la eucaristía como «nueva alianza» ⁵. Así da a entender que este sacramento ha de ser integrado en el marco de la historia salvífica, cuyo centro es la alianza de Dios con su pueblo. El Concilio de Trento habla de la «nueva pascua», ya anunciada de algún modo en la pascua de los hebreos ⁶. La eucaristía es el cumplimiento de una promesa; sólo conociendo lo prometido en la primera alianza, podremos deducir la realidad de la nueva.

A) «Habitare para siempre en medio de los hijos de Israel».

Hay una idea central en la revelación santa, que recorre la historia como una llamada persistente: Dios quiere hacer de la humanidad su

2. Ibid., can. 6, Dz. 888.

3. PABLO VI, Homilía al XVII Congreso Nacional Italiano, celebrado en Pisa el 10 de junio de 1965; AAS 57 (1965) 590.

4. Enc. *Mysterium fidei*, 3 de septiembre de 1965; AAS 57 (1965) 766.

5. Ya son conocidas las distintas variantes en los relatos: «esta es la sangre de la alianza que es derramada por muchos» (Mc. 14, 24); la tradición paulina habla de «una alianza en mi sangre» (Lc. 22, 20; I Cor. 11, 25); Mateo añade que esta sangre será derramada por muchos «para remisión de los pecados» (Mt. 26, 28).

6. Ss. XXII, *Doctrina de ss. Missae sacrificio*, cap. 1, Dz. 938.

morada, el lugar donde los hombres comulguen la vida divina y le ofrezcan culto filial de obediencia.

Este designio va encarnándose paulatinamente en distintas fases, de acuerdo con la condición histórica del hombre. En la plenitud del tiempo, dando sentido a las etapas precedentes, el encuentro comunal deseado llega a ser realidad definitivamente adquirida en el Verbo que se encarna. La permanencia de Cristo resucitado en la eucaristía es el misterio de la Encarnación continuando en la Iglesia peregrina: Dios con nosotros, el Emmanuel, sacramentalizado bajo formas sensibles aptas para los hombres que aún peregrinamos en la carne.

Dios interviene en la historia de los patriarcas. Abraham, Isaac y Jacob fueron testigos de esas intervenciones, que dirigían sus caminos hacia la creación de un pueblo elegido. Siquem, Betel, Berseba son distintos lugares de encuentro.

La presencia de Dios que viene y se retira, propia de la etapa patriarcal, parece más estable en los relatos del Exodo. Moisés experimentó muy de cerca esta asistencia de Dios. La nube, la gloria, la tienda de reunión, el arca del testimonio, son signos de un Dios trascendente, que sin embargo se acerca al pueblo para vivir en una tienda con los hombres. Es la tienda del encuentro: «lugar fijado para mis entrevistas contigo» ⁷. Leyendo el Exodo, se saca la impresión de que la presencia de Dios, localizada de algún modo en el tabernáculo, es más bien pasajera y dinámica que permanente y personal. Pero la tienda de reunión es anuncio del templo, nuevo signo de presencia, que surgirá en la historia del pueblo elegido. Desde esa tienda Dios prometió: «habitaré en medio de los hijos de Israel y seré su Dios» ⁸.

Los israelitas caminaron hacia la tierra prometida. Como un gran tesoro llevaban el arca de la alianza, signo de Dios presente y operante en favor del pueblo.

Cuando se establecieron en Caná, libres ya de sus enemigos, David quiso edificar un templo donde Yavé tuviera su residencia. Pero el profeta Natán habló en nombre de Dios: «hácete saber Yahvé que El te edificará casa a ti; y que cuando se cumplieren tus días y te duermas con tus padres, suscitaré a tu linaje después de ti, el que saldrá de tus entrañas, y afirmaré tu reino» ⁹.

Se habla de una asistencia permanente de Dios sobre el pueblo. Dado el contexto mesiánico de la profecía, podría pensarse, a la luz de la reve-

7. Ex. 30, 6.

8. Ex. 29, 45.

9. II Sam. 7, 11-12.

lación posterior, que en Cristo, Dios levantará el templo verdadero, el lugar de su residencia, en favor del pueblo, para siempre.

El rey Salomón edificó el templo. En él entronizó el arca del testimonio y la tienda de la alianza ¹⁰. En la consagración solemne del nuevo edificio, se dirigió a Yavé: «te he construido casa donde residas, lugar de tu morada para siempre» ¹¹. Yavé manifestó sensiblemente su aceptación de la nueva morada; la nube y la gloria, signos de su presencia, que en otro tiempo cubrían la tienda del desierto, llenaron el templo de Salomón ¹²,

Es verdad que Dios no queda circunscrito al templo; así lo reconoce el rey en su plegaria ¹³. Sin embargo, Yavé escogió esta morada para que el pueblo le encontrase fácilmente: «en él estará mi nombre» ¹⁴.

Salomón cree que, edificando el templo, ha cumplido la profecía de permanencia, hecha por Dios a David ¹⁵; pero el Señor le da a entender que dicha promesa sigue en pie, y que el templo edificado no es más que anuncio profético de su cumplimiento futuro ¹⁶.

En adelante el templo de Jerusalén será para los judíos el lugar de la presencia divina. A él acude todo el país para contemplar «el rostro de Dios» ¹⁷. Las grandes festividades reunían en Jerusalén multitud de peregrinos y el templo era el centro de la vida del pueblo.

Sería muy interesante ver cómo Israel, en las distintas vicisitudes de su historia, mantiene viva esta fe en el templo, presencia de Dios. Los profetas, junto con la afirmación de que Yavé está en los cielos, anuncian un futuro templo espiritual, que será la morada permanente de Dios: «será lugar donde habitará siempre en medio de los hijos de Israel» ¹⁸; «pondré mi santuario en medio de ellos por los siglos; pondré en medio de ellos mi morada; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» ¹⁹. Dios habla por el profeta Zacarías: «salta de gozo, regocíjate, hija de Sión, porque llegaré

10. Cf. I Re., 8, 1-4.

11. I Re. 8, 13.

12. I Re. 8, 10-13.

13. «Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte; cuanto menos esta casa que yo te he edificado» (I Re. 8, 28).

14. I Re. 8, 29.

15. Cf. I Re. 8, 17-25.

16. Cf. I Re. 8, 12-13.

17. Los salmos reflejan bien estos sentimientos del pueblo desterrado: «mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo; cuando vendré y veré la faz de Dios» (sal. 42, 3; cf. Ex. 23, 15-17; 34, 20, 23, 24; Dt. 16, 16; 31, 11).

18. Ez. 43, 7; el profeta ve cómo la gloria de Yavé llena la nueva edificación (43, 5).

19. Ez. 37, 27. Hay que leer los vs. 24-28 para ver la relación de esta profecía con la de Natán (II Sa. 7, 11-16). Este paralelismo tiene gran importancia sobre todo en la perspectiva mesiánica de Ezequiel.

y habitaré en medio de ti»²⁰; y Ezequiel define la nueva ciudad restaurada: «su nombre será desde aquel día: Dios está allí»²¹. Antes, ya, Isaías había hablado de Cristo como el Emmanuel, «Dios con nosotros»²². Esta era la significación exacta del templo.

B) «*El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*».

San Pablo dice que Cristo es el SI de las promesas divinas²³. En El se realiza el plan de Dios sobre la humanidad: su permanencia entre los hombres para siempre, el nuevo templo comunal anunciado.

Son muy significativas las expresiones empleadas por San Juan: «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos visto su gloria»²⁴. El mismo Verbo, que es Dios eterno en los primeros versos del Prólogo, se introduce en el tiempo habitando entre los hombres: se ha hecho carne, esa realidad tan caduca que es el hombre; se ha hecho hombre sin dejar de ser Dios²⁵. Una presencia personal y permanente: la divinidad no abandonará jamás el cuerpo, la humanidad asumida, en la encarnación²⁶.

El verbo «habitó» ἐσκήνωσεν significa propiamente «plantar una tienda», «habitar bajo una tienda». El paralelismo de los versos 14-18 del prólogo de San Juan con los caps. 33 y 34 del Exodo, nos autoriza a pensar que el Evangelista, empleando esta expresión, hace referencia al tabernáculo o tienda del desierto, en que Dios se hacía presente a los hijos de Israel²⁷.

20. Zac. 2, 14; Joel termina su vaticinio: «Yavé morará en Sión» (3, 21).

21. Ez. 48, 35.

22. Is. 7, 14.

23. «Cuántas promesas hay de Dios son en El Sí» (II Cor. 1, 20).

24. Jn. 1, 4.

25. La expresión «se hizo carne» ha de ser interpretada a la luz de I Jn. 4, 2 y II Jn. 7; cf. M. E. BOISMARD, *El Prólogo de San Juan*, Madrid, 1967, p. 82. Ya es conocida la forma tradicional hablando de la Encarnación: «nec amisit, quod erat» (Dz. 16).

26. Ya es bien conocida la expresión tradicional «quod Verbum semel assumpsit, nunquam dimisit» (Cf. I. DAMASCENO, *De fide ort.*, lib. III, cap. 28: PG 94, 188, nota 56). El Verbo asumió para siempre la humanidad. Esta doctrina católica (cf. Dz. 14, 73, 144) explicada por Santo Tomás (III, 50, 2 y 3) tiene suma importancia para entender adecuadamente la presencia de Cristo en la eucaristía (cf. Conc. Trid., *Decret. de ss. Eucharistia*, cap. 1, Dz. 874; y can. 1, Dz. 883).

27. El P. Boismard ha señalado bien este paralelismo: la idea de la presencia divina domina en el relato del Exodo (33, 15-16; 34, 9) y San Juan escribe en el Prólogo: «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14); como prueba de esa presencia divina, Moisés pide a Yavé que le muestre su gloria (cf. Ex. 22, 18) y San Juan escribe: «nosotros hemos visto su gloria» (1, 14); Dios responde a Moisés: «Nadie puede verme y vivir... mi rostro no se puede ver» (Ex. 33, 20, 23) y San Juan recoge esta idea: «A Dios nadie le ha visto» (1, 18); en el relato del Exodo, Yavé consiente en revelarse a Moisés, y en el Prólogo San Juan afirma que ha visto la gloria del Hijo único (v. 14). Cf. M. E. BOISMARD, o. c., pp. 199-200.

El Verbo Encarnado es el tabernáculo auténtico y verdadero, lleno de gloria divina: «hemos visto su gloria»²⁸.

Es el templo no hecho por manos de hombre, que Dios había prometido a David por el profeta Natán²⁹. El templo que Cristo levanta en su muerte y resurrección: «destruid este templo (se refiere a la vieja edificación de Jerusalén) y en tres días lo levantaré (los tres días de su muerte); El hablaba del templo de su cuerpo»³⁰.

San Mateo refiere que, al morir Cristo, el velo del templo judío, signo de la presencia divina, se rasgó en dos, pues había terminado ya su función profética ante la realidad presente³¹. Desde ahora la humanidad de Cristo resucitado será el lugar de comunión y de encuentro.

En este contexto el Señor Jesús presenta la Eucaristía.

C) «Esta es mi carne que se entrega por vosotros».

Muy posiblemente la palabra empleada en la consagración de la Última Cena para el pan, fuera «carne» y no «cuerpo». Litúrgicamente sin embargo la Iglesia prefirió la forma «esto es mi cuerpo», para evitar una interpretación peyorativa que en la mentalidad griega tenía la palabra «carne»³². San Juan, en el relato de la promesa, ha conservado las palabras originales del Maestro, que no han variado bajo el uso litúrgico³³.

«Esta es mi carne». Expresión paralela a la otra del Prólogo: «el Verbo se hizo carne». Jesucristo habla de una carne «entregada», es decir, sacrificada y resucitada. Así las palabras del Señor «esta es mi carne entregada por vosotros» se refieren al cuerpo de Cristo asumido por el Verbo y exaltado en el misterio pascual.

Es lo que afirma el dogma católico: «después de la consagración, está presente el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la salvación del mundo, estuvo pendiente en la Cruz, y está

28. Jn. 1, 14. Seguramente San Juan está pensando, cuando escribe esto, en la escena deslumbrante de la Transfiguración (cf. M. E. BOISMARD, o. c., p. 86; J. DUPONT, *Essai sur la christologie de saint Jean*, Brujas, 1951, p. 279). La gloria que cubría el tabernáculo (Ex. 29, 42; Num. 14, 10; 16, 19 y 42; 20, 6) y más tarde el templo (I Re. 8, 10-11; II Par. 5, 13-14; II Par. 7, 13) se manifestó plenamente en el Verbo Encarnado.

29. «Yo seré Yavé te edificaré casa a ti» (II Sam. 7, 11). Hablando del cuerpo de Cristo muerto y resucitado, San Marcos dice que es el templo no hecho por manos del hombre (cf. 14, 58).

30. Cf. Jn. 2, 19-21.

31. 27, 51.

32. San Pablo opone «carne» a «espíritu»; para él la carne es la causa de las malas tendencias que inducen al pecado (cf. Rom. 8, 1-13; Gál. 5, 16-25).

33. «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna... Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn. 6, 53-56).

hoy sentado a la derecha del Padre»³⁴. La eucaristía es el sacramento, signo eficaz, del cuerpo asumido por el Verbo y resucitado para siempre. En ella persisten la Encarnación y la Resurrección.

Ahora se comprenden mejor las palabras de la encíclica *Mysterium fidei*: «mientras se reserva la eucaristía en iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, Dios con nosotros»³⁵.

II.—«EL PAN QUE YO DARE ES MI CARNE»

Jesucristo instituye la eucaristía: «Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió, y dándolo a los discípulos, dijo: tomad y comed, este es mi cuerpo» (Mt. 26, 26; Mc. 14, 22). San Lucas y San Pablo añaden: «este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía» (Lc. 22, 20; I Cor. 11, 25).

Sustituyendo la palabra «cuerpo» con la de «carne», que probablemente fue la empleada por el Señor, el relato queda así: «Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió; y dandoselo a los discípulos, dijo: tomad y comed, esta es mi carne, que es entregada por vosotros; haced esto en memoria mía».

No hay duda de que en la eucaristía, el Señor deja su presencia a la Iglesia. La concede El mismo a sus discípulos participantes en la Última Cena; y desea que ellos la renueven: «haced esto en memoria mía».

Pero aquí surgen los interrogantes: ¿es una presencia real y personal, o solamente metafórica y virtual? ¿presencia permanente o transitoria? ¿limitada al momento del sacrificio y comunión, o trascendente a la celebración litúrgica propiamente dicha?

En principio, la presencia eucarística ha de superar a las presencias de Dios en el Antiguo Testamento. Es presencia de la nueva alianza, que da sentido y hace realidad cumplida a las promesas veterotestamentarias: «yo os digo que aquí hay algo mayor que el templo»³⁶. Si el templo judío, centro de la primera alianza, era en la mentalidad bíblica lugar de presencia dinámica y permanente, el Verbo Encarnado será en la Nueva, presencia de Dios más perfecta, real y permanente. Esta presencia de la Encarnación continúa en la eucaristía.

34. Conc. Rom., *Iusiur. Bereng. Tur.*, 11 febr. 1079, Dz. 700; en la enc. *Myst. fidei*, l. c., p. 774. En el Radiomensaje a los fieles del Perú con motivo del VII Congr. Euc. Nac., 30 de agosto de 1965, Pablo VI profesaba claramente esta fe: en la eucaristía está presente «el mismo Verbo hecho carne»: AAS 57 (1965) 807.

35. L. c., p. 771.

36. Mt. 12, 6.

Pero centremos la atención directamente en las palabras de Cristo. Ellas dan a entender que el Señor quiere dejar a su Iglesia una presencia real, personal y permanente.

a) Una *presencial real*, no metafórica:

«Esta es mi carne». Sin duda hay que dar a la expresión el mismo sentido realista que, hablando de la Encarnación, San Juan da a la palabra «carne»; en la Biblia «carne» designa la totalidad del ser humano en cuanto débil, sometida a la corrupción física, por contraposición a Dios eterno e inmutable³⁷. Además es carne «entregada», que muere y resucita; carne real de Cristo muerto y resucitado.

La Iglesia primitiva entendió la afirmación del Señor en todo su realismo. San Pablo y San Juan son dos testigos bien cualificados de esa fe vivida en la comunidad apostólica.

San Juan describe la promesa de la eucaristía: «Yo soy el pan bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le daré es mi carne por la vida del mundo..., el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna»³⁸. Para evitar cualquier interpretación metafórica, San Juan en la última frase emplea el verbo griego τρώω que significa «masticar».

San Pablo arguye partiendo de una verdad ya admitida por todos los creyentes: «el cáliz de bendición que bendecimos no es la comunión de la sangre de Cristo? ¿y el pan que partimos no es el cuerpo de Cristo glorificado en que se unifica la Iglesia?»³⁹.

Acudiendo a estas autoridades, Pablo VI proclama la realidad de esta presencia eucarística: «las mismas palabras de Cristo al instituir la eucaristía, nos obligan a profesar que ella es la carne de Nuestro Señor Jesucristo que pdeció por nuestros pecados, y a la que el Padre por su bondad ha resucitado»⁴⁰.

b) *Presencia personal*.

El Señor había prometido a Moisés: «iré yo mismo en persona»⁴¹. En la dedicación del templo, Salomón recuerda a Yavé la promesa de habitar

37. Cf. M. E. BOISMARD, o. c., p. 77.

38. Jn. 6, 51 y 54.

39. I Cor. 10, 16-17.

40. Enc. *Myst. fidei*, p. 765.

41. Ex. 33, 14.

en aquel lugar santo: «en él estará mi nombre»⁴²; y en lenguaje bíblico «nombre» es sustitutivo de la persona misma⁴³; sabemos por otra parte que la promesa divina a que alude Salomón, únicamente será realidad en la venida de Cristo, de quien Isaías dice que su nombre será Dios fuerte⁴⁴.

Los profetas anuncian que en los tiempos nuevos Yavé en persona será el pastor de Israel⁴⁵; y San Juan en el prólogo de su evangelio nos dice que el Verbo, persona divina desde la eternidad, realmente se ha hecho hombre, sin perder su condición de Dios.

Cristo ofrece su presencia personal en la eucaristía: «esta es mi carne», «este es el cáliz de mi sangre». «Carne y sangre» que en la Biblia significan la realidad total, la personalidad⁴⁶.

Por lo demás, en arameo la palabra «carne» designa el cuerpo vivo; Cristo había prometido su carne como «vida del mundo»⁴⁷. Un cuerpo vivo, capaz de vivificar; un cuerpo resucitado, unido para siempre a la persona divina.

Por esa unión actual de cuerpo, alma y divinidad del Señor resucitado, el Magisterio y la teología declaran que en este sacramento augusto está realmente presente Cristo íntegro, persona divina, con su cuerpo, alma y divinidad⁴⁸.

Nuestro Dios se presentó a Moisés: «Yo soy», como garantía de una asistencia benéfica: «yo seré contigo»⁴⁹. Este inmutable y eterno «Yo soy» divino, se manifestó especialmente en la Encarnación: el Verbo se hizo presente a los hombres personalmente en una carne que será suya para siempre. Cristo firmó la sentencia de su muerte con esa declaración solemne: «Yo soy»⁵⁰. Al decir «esta es mi carne», viene a confirmar la verdad

42. I Re. 8, 29. El templo queda así en la mentalidad bíblica como el lugar «que Yavé Dios ha elegido para establecer en él su nombre» (Dt. 26, 2; cf. Dt. 12, 5; Ex. 34, 23; Jer. 7, 10, 14).

43. Así, cambiar a uno es darle nueva personalidad (Gén. 17, 5; 32, 29); la Jerusalén ya perdonada adquiere nombres nuevos (Is. 1, 26; 60, 14; 62, 12). Hablar del nombre de Dios es hablar de su propia persona: el nombre es amado (Sal. 5, 12), alabado (Sal. 7, 18), santificado (Is. 29, 23), eterno (Sal. 135, 13); el «nombre» designa sencillamente a Yavé mismo (cf. Lev. 24, 11-16).

44. Is. 9, 6.

45. «Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré» (Ez. 34, 11; cf. Sal. 22, 1-2; 74, 1; 79, 2; Mq. 7, 14; Zac. 10, 2). Entonces los hombres tendrán experiencia de Yavé en persona: «mi pueblo conocerá mi nombre el día en que yo diga: heme aquí» (Is. 52, 6).

46. Así aparece por ejemplo en Jn. 6, 56: «el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y Yo en él»; y a continuación (v. 57) identifica esta carne y sangre con su personalidad total. Este mismo significado de la expresión «carne y sangre» aparece en Mt. 16, 7 y I Cor. 15, 50.

47. Jn. 6, 51. De hecho en la institución de la eucaristía, Cristo ofrece su cuerpo como alimento y consiguientemente como portador de la vida; de esta misma vitalidad nos habla el don simultáneo de su sangre.

48. Cf. Conc. Trid., *Can. de ss. Euch. sacramento*, can. 1, Dz. 883; cf. III, 76, 1.

49. Ex. 3, 12.

50. Mc. 14, 62; Lc. 22, 70.

sublime: «Yo soy», el dueño del ser, que ha superado la muerte en la resurrección, para establecer comunión personal con vosotros.

c) *Presencia permanente.*

Aún admitiendo la presencia real y personal de Cristo bajo las especies de pan y vino, podría pensarse en una presencia limitada al momento del sacrificio o banquete eucarísticos. En este caso cualquier acto de culto latréutico fuera de la celebración litúrgica, sería condenable. Sin embargo, parece que la intención del Señor, al instituir la eucaristía, fue dejarnos su presencia permanente.

San Juan describe el contexto en que fue hecha la institución. En el discurso último, Jesús manifiesta los ardientes deseos de continuar para siempre con los suyos; insiste en la conveniencia y necesidad de un encuentro permanente con ellos; habla de esta comunión mediante la alegoría de la vid y los sarmientos: «permaneced en mí y yo en vosotros»⁵¹, «permaneced en mi amor»⁵². Y con estos deseos, deja su presencia en la eucaristía: «esta es mi carne». Parece lógico pensar que este sacramento es el medio elegido para establecer la permanencia deseada: «quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en Él»⁵³. En la institución de la Cena Sagrada el Señor Jesús, hace del adiós el comienzo de una presencia definitiva; se dispone a realizar el misterio pascual para quedarse en comunión viva con los hombres: «me voy y vengo a vosotros»⁵⁴.

Pero volvamos a las palabras de la institución eucarística. En ellas Cristo da a entender que deja su presencia a la Iglesia peregrina, como un don absoluto, sin límite en sí misma, con el mismo ser permanente «Yo soy» de su cuerpo resucitado.

Es verdad que se trata de una presencia destinada al banquete: «tomad y comed»; el ropaje sacramental, pan y vino, habla de esa finalidad. El Señor prometió la eucaristía para alimento de los hombres⁵⁵.

No es menos cierto que la presencia eucarística es sacrificial: «carne, entregada por vosotros»⁵⁶, «sangre derramada por muchos para remisión de los pecados»⁵⁷.

51. Jn. 15, 4.

52. Jn. 15, 9.

53. Jn. 6, 56.

54. Jn. 14, 28.

55. Cf. Jn. 6, 50-59.

56. Lc. 22, 20; I Cor. 11, 25.

57. Mt. 26, 28. San Juan presenta ya la promesa de la eucaristía como un sacrificio ofrecido (6, 51); véase también I Cor. 10, 18-21.

Sin embargo la expresión de Cristo da a entender que la presencia es algo primario y absoluto, que ni se justifica totalmente ni se agota en la celebración del sacrificio y comunión eucarísticos.

En su dimensión sacrificial la eucaristía es la carne entregada por una multitud, por todos los hombres ⁵⁸. Luego la presencia sacrificial del Señor no se limita a influir únicamente en quienes asisten a la misa o reciben la comunión sagrada; tiene unas consecuencias universales, y consiguientemente debe permanecer de algún modo.

Ya fijándonos en el banquete, ni San Lucas ni San Pablo refieren la invitación a la comida; sólo en San Mateo se invita a beber el vino consagrada; y aún los evangelistas que traen esa invitación, destacan bien las palabras «esta es mi carne» de la oferta: «tomad y comed». Si la presencia quedase limitada al momento del sacrificio o únicamente destinada al banquete sacramental, más adecuadas serían otras expresiones: «esta es mi carne para el sacrificio», «esta es mi carne para el banquete», «tomad y comed mi carne». Por otra parte, San Pablo recomienda a los primeros cristianos que, antes de comulgar, sean conscientes de esta presencia: «el que coma el pan y beba de la copa del Señor sin darle su valor, tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor; que cada uno se examine a sí mismo, y entonces coma el pan y beba la copa; porque el que come y bebe sin valorar el cuerpo del Señor, come y bebe su propio castigo» ⁵⁹. Así, pues, aunque la comunión no sea banquete espiritual por falta de las disposiciones adecuadas en el sujeto que la recibe, come su propia condenación porque, antes de la recepción e independientemente de la misma, están presentes el cuerpo y la sangre del Señor.

Cristo ha dejado su presencia a la Iglesia peregrina sin límites en sí misma; de acuerdo con la ley de la encarnación, el único límite de esta presencia será la condición sacramental en que se realiza; así como el Verbo Encarnado se sometió a la muerte siguiendo la ley de la humana naturaleza, Cristo condiciona ahora su presencia a la caducidad de los elementos sacramentales, pan y vino.

58. San Lucas y San Pablo presentan la eucaristía: «mi cuerpo que se entrega por vosotros» (I Cor. 11, 24; Lc. 22, 19). Paralelamente San Lucas, hablando de la consagración del cáliz; «sangre derramada por vosotros» (22, 20). San Mateo y San Marcos en cambio emplean la expresión «por una multitud» (Mc. 24, 24; Mt. 26, 28). En realidad «por una multitud», o «por muchos» según aparece en la forma actual de la consagración es la forma aramea equivalente a «por todos»; Cristo fue anunciado como el que entregaría su vida para salvación de todos (Is. 53, 12); y El mismo lo confirmó con sus propias palabras (cf. Mt. 20, 28; Mc. 10, 45); San Juan refleja bien esta idea: «carne por la vida del mundo» (Jn. 6, 51). La expresión «por vosotros», que traen Pablo y Lucas sería una aplicación litúrgica de la fórmula anterior para quienes asistían a la celebración eucarística.

59. I Cor. 11, 27-29.

Esta «fue siempre la creencia de la Iglesia de Dios» ^{60.}, «la perpetua instrucción impartida a los catecúmenos así como el sentido del pueblo cristiano» ^{61.} La misma encíclica *Mysterium fidei* trae algunos testimonios elocuentes ^{62.} Y el Magisterio ha profesado públicamente esa fe: «efectuada la consagración, mientras las especies permanece incorruptas, está Cristo presente; y su verdadero cuerpo permanece en las hostias o partículas consagradas, que se guardan o quedan después de la comunión» ^{63.}

d) Una presencia sacramental.

Nota de suma importancia para comprender el sentido de la presencia permanente de Cristo en el Sagrario. El Señor, en la Última Cena, ofreció el sacrificio, dio su carne bajo los símbolos de pan y vino. Los sacramentos son esencialmente signos, y la eucaristía es uno de los siete sacramentos ^{64.} La conversión substancial, la presencia real y la permanencia, el mismo sacrificio eucarístico, todo en la eucaristía, es sacramental, se realiza bajo los elementos sensibles de pan y vino ^{65.}

Este simbolismo habla de una presencia del Señor entre nosotros destinada a vivificarnos espiritualmente, como en el orden natural lo hacen el alimento y la bebida; está presente para establecer comunión, para entablar diálogo fecundo con los hombres; diálogo que, sin embargo, no

60. Conc. Trid., *Decret. de ss. Eucharistia*, cap. 3, Dz. 876.

61. *Enc. Myst. fidei*, p. 765.

62. Así «los pastores de la Iglesia exhortaban solícitamente a los fieles a conservar con suma diligencia la eucaristía que llevaban a casa: en verdad de cuerpo de Cristo debe ser comido y no despreciado de los fieles» (*Myst. fidei*, l. c., p. 769). Igualmente «consta que los fieles creían y con razón que pecaban según recuerda Orígenes, si habiendo recibido el cuerpo del Señor y conservándolo con todo cuidado y veneración, algún fragmento caía por negligencia» (ORIGENES, *In Ex. fragm.*: PG 12, 391; en la *Myst. fidei*, l. c.). Esta fe en la presencia permanente de Cristo explica también «que los mismos pastores reprobasen cualquier defecto en la debida reverencia; así lo atestigua Novaciano, digno de fe en esto, que juzga reprobando al que, saliendo de la celebración dominical, y llevando aún consigo como es costumbre, la eucaristía, ...lleva el cuerpo santo del Señor de acá para allá, corriendo a los espectáculos y no a su casa» (NOVACIANO, *De spectaculis*: CSEL III, p. 8; en la *Myst. fidei*, l. c.). Por eso San Cirilo de Alejandría rechaza como locura la opinión de quienes sostenían que la eucaristía no sirve nada para la santificación, si queda algún residuo de ella para el día siguiente, «pues ni se altera Cristo ni se muda su sagrado cuerpo, sino que persevera siempre en él la fuerza, la potencia y la gracia vivificante» (*Epist. ad Colosyrium*: PG 76, 1075; en la *Myst. fidei*, p. 770).

63. PABLO VI, Carta «In urbe Huancayo», al Emmo. Carl. Landázuri, arzobispo de Lima, 25 de junio de 1965: AAS 57 (1965) 720.

64. «La eucaristía tiene de común con los demás sacramentos ser símbolo de una realidad sagrada y forma visible de una gracia invisible» (Conc. Trid., *Decret. de ss. Eucharistia*, cap. 3, Dz. 876).

65. En este sentido es muy importante leer la institución del santo sacrificio de la Misa según lo propone el Conc. de Trento (Dz. 938).

se reduce al momento de la celebración litúrgica y trasciende a la comunión sacramental propiamente dicha.

Realidad y simbolismo son dos características igualmente esenciales en el dogma católico sobre la eucaristía.

La presencia permanente del Señor bajo las especies de pan y vino debe ser ambientada dentro del misterio eclesial en que se integra como un caso más, excelente por supuesto, del mismo.

La Encarnación es el hecho central de la historia. Se realiza en el tiempo, pero introduce un cambio radical respecto a las épocas anteriores de la historia salvífica. Cristo es portador de una disposición nueva y definitiva, realizador de las promesas, encuentro real de comunión para siempre.

La Encarnación prosigue en la Iglesia peregrina, enclavada ya en la «nueva y eterna alianza». Pertenece a la «última hora» ⁶⁶, al término de las promesas, a la realidad conseguida; en lenguaje sacramental, podríamos decir que es la «res», lo contenido en el signo profético del Antiguo Testamento.

En esta nueva alianza Dios se ha dado personalmente a los hombres; y, en consecuencia, la Iglesia aún peregrina en la tierra, ya es comunión con Cristo Salvador. No sólo es pueblo de Dios como el Israel de la carne, sino también cuerpo a quien Dios mismo vivifica interiormente. Las estructuras eclesiales son sacramento, signo eficaz, de la presencia de Cristo resucitado. El Concilio Vaticano II y la encíclica *Mysterium fidei* hablan de la presencia del Señor en la Iglesia que ora, vive y ejerce la caridad; en la palabra del predicador y en la jerarquía que rige al pueblo de Dios; en la comunidad que ofrece el sacrificio y en el ministro de los sacramentos, así como en los mismos ritos sacramentales ⁶⁷.

La permanencia eucarística es el caso más sublime, el vértice, de esta presencia eclesial de Cristo resucitado ⁶⁸; tan ininteligible humanamente como el único misterio de la Iglesia, misterio de encarnación, profesado por el catolicismo. Hablando de esta presencia eucarística, Pablo VI decía: «nos damos cuenta de que al proponer esta verdad tal como la profesa la Iglesia, anunciamos también un nudo extremadamente complejo y maravilloso de verdades, esencialmente unidas, pero al mismo tiempo fundadas

⁶⁶. Cf. I Jn. 2, 18.

⁶⁷. Cf. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7; enc. *Myst. fidei*, pp. 762-763.

⁶⁸. Sin duda hay que tener una visión más unitaria de la Iglesia como sacramento, signo eficaz de la presencia de Cristo; y de la liturgia, presencia sacramental del misterio redentor (cf. Conc. Vat. II, Const. *Sacr. Conc.*, nn. 2 y 5). Unidad que se realiza en torno a la eucaristía, sacramento permanente de la presencia.

en la realidad»⁶⁹. Sacerdocio y magisterio, sacramentos y eucaristía, son realizaciones del misterio eclesial, sacramento eficaz de la presencia de Cristo.

El realismo de la Encarnación ya había sido profetizado en la primera alianza. Dios prometió su interiorización en la carne; la promesa se hace realidad en la Iglesia, cuyo centro es la eucaristía. Con palabras de Pablo VI podríamos presentar la realidad misteriosa de la eucaristía como «el epílogo de una historia que sale de la penumbra propia del signo figurativo, y es principio de una época nueva, caracterizada por un realismo sobrenatural»⁷⁰.

San Juan nos introduce en el discurso último del Señor, a punto de instituir la Cena Santa: «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó»⁷¹. Dios creó a los hombres y se acercó a un pueblo elegido por amor; en la mentalidad bíblica, la elección, las apariciones de Yavé a los patriarcas, el tabernáculo y el templo eran un don gratuito de Dios⁷². En la Encarnación, la Iglesia y la Eucaristía ese deseo comunional por amor se ha manifestado plenamente.

El Libro de los Proverbios proclama los deseos de la Sabiduría eterna: «mis delicias son estar con los hijos de los hombres»⁷³; y Pablo VI comenta así: «esto quiso y estableció el Redentor en el venerable sacramento de la eucaristía»⁷⁴.

Pero la Iglesia peregrina es «la última hora» antes del fin⁷⁵. Es ya realidad, y al mismo tiempo signo profético de una realidad plena hacia donde camina —«res et sacramentum»—. Tiempo de realidad bajo símbolos, de comunión en la fe⁷⁶.

De esta condición eclesial participan los sacramentos: son ya portadores de la virtud divina, pero esa virtud se nos presenta mediante signos humanos.

Realidad y simbolismo también en la eucaristía. Realidad de lo anunciado en el tabernáculo del Exodo y en el templo judío. Sin embargo, el modo oculto y enigmático de la presencia de Dios en la primera alianza

69. Homilía al XVII Congr. Euc. Nac. Ital., l. c., p. 588.

70. Homilía en la Basílica de Letrán, «In Coena Domini», 15 de abril de 1965: AAS 57 (1965) 381.

71. Jn. 13, 1.

72. Cf. Gén. 12, 1-3; 15, 1-6; Ex. 19-24; Dt. 7, 7-10; 4, 37; 7, 8; 10, 15; Is. 51, 16; II Sam. 7, 11-16.

73. Prov. 8, 31.

74. Carta al Card. Landázuri, ya citada, l. c., p. 721.

75. Cf. I Jn. 2, 18.

76. Sería de gran interés ver cómo Santo Tomás explica el paralelismo entre los sacramentos y la fe; ambas realidades corresponden a la misma etapa de la historia salvífica (cf. III, 61, 4 ad 1; III, 80, 2, especialmente ad 1 y ad 2).

sigue también en la presencia permanente de la eucaristía. Pablo VI dice que las palabras de la institución eucarística van cargadas de «un realismo sobrenatural», pero «expresado en símbolos y enigmas, comprensibles sólo a la fe» ⁷⁷.

Realidad y simbolismo son dos aspectos igualmente esenciales en el sacramento de la eucaristía. Se podrá insistir más en uno o en otro, según las circunstancias o exigencias de la historia, pero no se puede negar ninguno de los dos.



Resumiendo. Dios prometió habitar en medio de los hijos de Israel. Todos los años los judíos celebraban la pascua para actualizar esa presencia salvífica. Cristo es, en frase del profeta Isaías, el «heme aquí» de Dios Salvador ⁷⁸. En la eucaristía, nueva pascua de la Iglesia, El reactualiza continuamente su presencia personal: «haced esto en memoria mía». Así Cristo resucitado permanece con los hombres para siempre: «yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» ⁷⁹.

El mismo que habitó en la tienda del desierto y en el templo judío, que profetizó una presencia perenne y habitó personalmente en la carne, ya resucitado «habita día y noche en medio de nosotros» bajo los signos sacramentales de pan y vino ⁸⁰.

III.—«LLENO DE GRACIA Y DE VERDAD»

En las últimas décadas se viene dando justamente primacía a la celebración eucarística, sacrificio y sacramento, en que la comunidad creyente participa. Pero, si no se interpretan bien las orientaciones litúrgicas y pastorales de la Iglesia, esta primacía puede llevar prácticamente a un olvido de la permanencia sacramental. Esta permanencia sin embargo es fruto del sacrificio, consumación del banquete y centro realizador de la comunidad cristiana. La reflexión sobre estos puntos nos dará una visión más unitaria del dogma eucarístico y nuevas perspectivas de la presencia permanente.

77. Homilía predicada en Letrán «In Coena Domini», l. c.

78. Is. 52, 6.

79. Mt. 28, 20.

80. Enc. *Myst. fidei*, p. 771.

Fruto del sacrificio.

En los sacrificios de la primera alianza quedaban sobre el altar los panes de proposición, representando a las doce tribus de Israel. Era el sacrificio continuando en presencia del Señor ⁸¹. Jesucristo hizo alusión a este sacrificio «memorial», dando a entender que El podía dar algo más perfecto que los panes de la proposición sagrada ⁸².

Ya es significativo que la eucaristía sea presencia de una carne sacrificada: «carne entregada, sangre derramada». San Pablo ambienta la institución eucarística: «en la noche en que fue entregado, tomó el pan» ⁸³. Por eso, en principio, la presencia permanente ha de ir vinculada de algún modo al sacrificio de la misa.

La revelación da a entender que esta permanencia, lejos de oscurecer el sacrificio, es algo exigido por la misma naturaleza sacrificial de la eucaristía, necesaria para situar la misa dentro de la obra salvífica y para consumir la ofrenda eucarística.

La Carta a los Hebreos considera el sacrificio de la Cruz como la realización suprema y única de todos los sacrificios culturales del judaísmo. Insiste en la suficiencia de este sacrificio que ha tenido lugar «una sola vez» ⁸⁴; indicando al mismo tiempo que el fruto de esta oblación transitoria es perpetuo.

Paralelamente, habla del sacerdocio de Cristo. Como el Sumo Sacerdote hebreo en el día de la Expiación, Cristo ha entrado en el verdadero santuario que es el cielo; ha entrado una vez para siempre, y allí permanece en presencia del Padre, intercediendo por nosotros ⁸⁵.

Sacerdocio y sacrificio eternizados en el Cristo glorioso. El sacrificio del Señor no concluye con la oferta; la muerte de Jesús debe ser aceptada por el Padre, y el Padre la acepta en la resurrección y ascensión. En otras palabras, el sacrificio pascual incluye muerte y resurrección. Resurrección que no es volver a la vida anterior sino entrar en una vida nueva, permanente y definitiva. Es la permanencia del sacrificio redentor.

Análogamente debe ocurrir esto mismo en el sacrificio de la misa, conmemoración o renovación sacramental de la Cruz. La misa es la entrada en el tiempo, en el organismo sacramental, de esa única ofrenda eternizada en el Cristo glorioso, que intercede por nosotros. Debe reflejar en su totalidad esa oblación sacrificial. Así como el sacrificio de la Cruz se ac-

81. Cf. Lev. 24, 5-9; Ex. 25, 29-30; I Sam. 21, 1-7.

82. Cf. Mt. 12, 3-9.

83. I Cor. 11, 23.

84. Heb. 9, 28.

85. Cf. Heb. 9, 11-28.

tualiza sacramentalmente en la consagración, la permanencia de este sacrificio celestial encuentra su expresión en la presencia permanente de Cristo en el sagrario. Desde ahí, como tesoro inestimable de la Iglesia sacramental, nuestro Salvador intercede en favor de los hombres y les hace partícipes de su sacrificio.

Esta doctrina de S. Pablo situa adecuadamente el sacrificio de la misa en la obra salvífica. La «Instrucción sobre el culto eucarístico» de 1967, llama a la eucaristía «memorial de la muerte y resurrección»⁸⁶; es el sacramento del misterio pascual que incluye muerte, resurrección y permanencia gloriosa de Cristo resucitado. El dogma católico nos dice que en la misa se presencializa el mismo Señor Jesús que actualmente está en el cielo, para hacer nuestro e integrarnos en su propio sacrificio⁸⁷.

Finalmente, la misma ofrenda sacrificial de la misa postula de algún modo la permanencia del sacrificio.

En la eucaristía, Cristo ha dejado su sacrificio a la Iglesia⁸⁸. La misa es sacrificio de toda la comunidad eclesial no sólo porque todos los bautizados ofrecen con Cristo por manos del sacerdote celebrante, sino también porque todos ellos deben ofrecerse a sí mismos como víctimas⁸⁹. No basta una participación ritual; se necesita la oblación personal para que el sacrificio sacramental sea plenamente efectivo⁹⁰. Por otra parte, esta oblación personal no se reduce al momento en que se asiste a la misa, sino que debe abarcar toda la vida cristiana; la existencia humana es sucesiva, y continuamente debe conectar con el único sacrificio válido de Cristo para ser realmente aceptado al Padre⁹¹. Conexión, posible y fácil, gracias a la permanencia de este sacrificio, «carne entregada», en la Iglesia.

La presencia permanente de Cristo glorioso en el cielo no deja en la sombra ni empobrece el valor del sacrificio de la Cruz; por el contrario, es su fruto, su consumación. Análogamente, la permanencia real de Cristo en la eucaristía, lejos de ensombrecer el valor de la misa, minifiesta su fruto y asegura su eficacia.

86. 20 de mayo, nn. 3 a) y 10. Igualmente el Conc. Vat. II en la *Const. Sacr. Conc.*, nn. 6 y 10. Esto mismo da a entender la oblación —«comunicantes»— de la liturgia romana.

87. Cf. Conc. Rom. (700), Dz. 355; Conc. Trid., *Doctrina de ss. Missae sacrificio*, cap. 1, Dz. 938.

88. Cf. III, 22, 6 ad 2.

89. Cf. enc. *Mediator Dei*, 20 nov. de 1947: AAS 39 (1947) 557; Conc. Vat. II, *Const. Sacr. Conc.*, n. 48.

90. «Para que la oblación alcance su efecto pleno» (*Mediator Dei*, l. c.).

91. Cf. *Mediator Dei*, l. c. La religión es virtud general que impera a las demás virtudes, haciendo de toda la vida moral un sacrificio aceptable (cf. II-II, 81, 8; 85, 3 ad 2).

Permanencia de la comunión sacramental.

En las palabras de la institución aparece claramente la voluntad de Cristo: «tomad y comed»; quiere establecer comunión íntima con los hombres. El Señor se ha quedado en la Iglesia para transmitirnos su vida divina: «así como me envió el Padre viviente, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» ⁹².

La comunión eucarística importa una asimilación vital; a la inversa del alimento material, el pan sagrado que es Cristo, nos asimila cuando lo comemos y nos introduce en su propia vida. Nueva efusión de vida espiritual en nosotros ⁹³. Ella exige comunión «interpersonal», adhesión completa de la persona humana a Cristo con fe y amor.

Y esta adhesión total únicamente se realiza, cuando toda la existencia humana va informada por ese amor y esa fe. De ahí que el diálogo comunional debe ambientar todos nuestros actos. Este contacto personal resultará fácil al hombre que aún camina por la tierra, si el Señor Jesús permanece presente bajo formas sacramentales, formas sensibles, aptas para el conocimiento humano. De ahí la gran importancia de la comunión espiritual, en que deben realizarse todos nuestros quehaceres.

La permanencia sacramental continúa la función mediadora de Cristo en favor de los hombres y aplica a los mismos la vida divina que ya se nos ha dado. Gracias a la presencia permanente, la misa y la comunión transforman toda nuestra existencia humana.

Exigencia de la Iglesia peregrina.

La encíclica *Mysterium fidei* recoge y confirma esa tradición constante: la eucaristía es el signo y la causa de la unidad eclesial ⁹⁴. Esta unidad se realiza en Cristo resucitado, que debe estar permanente en la Iglesia sacramental.

San Pablo expone esta profunda realidad: «¿el pan que partimos no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque hay un solo pan, la multitud que nosotros somos forma un solo cuerpo, porque todos nosotros participamos del único pan» ⁹⁵.

La misma palabra «cuerpo» denomina al cuerpo glorioso del Señor —«el pan que partimos es la comunión del cuerpo de Cristo»—, y al cuerpo social de la Iglesia: «la multitud que nosotros somos forma un solo cuerpo».

92. Jn. 6, 57.

93. Cf. Jn. 6, 57, 63; I Cor. 10, 3.

94. Véase la exposición de esta doctrina en la *Myst. fidei*, p. 765.

95. I Cor. 10, 16-17.

Pero lo más importante es la dependencia que establece entre la comunión del cuerpo glorioso de Jesús y la unidad de la Iglesia: «somos un solo cuerpo porque todos participamos el único pan». Luego la unión de la comunidad eclesial presente en la tierra es fruto del cuerpo resucitado del Señor que está bajo las especies sacramentales del pan.

Como la unidad de la Iglesia es algo constante y definitivo, la presencia sacramental de Cristo resucitado bajo las especies de pan será también algo permanente ⁹⁶.

No es cuestión de entretenernos aquí, contemplando cómo la Iglesia se realiza en torno a la presencia permanente de Cristo en la eucaristía. La comunidad eclesial, aún peregrina, es comunión y estructura ordenada a esa comunión; esencialmente visible e invisible ⁹⁷. En la dimensión estructural, la Iglesia, medio para comunicar vida, está dotada de tres poderes jerárquicos: magisterio, jurisdicción y santificación. Los dos primeros se ordenan a la santificación ⁹⁸; y ésta se realiza principalmente en la celebración de los sacramentos, que se alimentan de la Eucaristía, presencia permanente de Cristo glorificado ⁹⁹.

La Iglesia es también y sobre todo comunión de vida divina ¹⁰⁰. Comunión que incluye doble aspecto: ascendente, hombres que viven para el culto o gloria de Dios; descendente, vida divina enviada gratuitamente por Dios y comulgada por los hombres. Dos aspectos complementarios de la misma realidad comunional, que se encarnan en la eucaristía, o más exactamente, según hemos indicado, en la permanencia sacramental.

Ascensionalmente considerada, la vida eclesial ha de ser un culto permanente a Dios que consiste en el ejercicio de las virtudes y en la inmola- ción de los vicios. Y esto es precisamente lo que postula el sacrificio de la misa, según explica la encíclica *Mediator Dei* y el Conc. Vat. II en la Const. *Sacrosanctum Concilium* ¹⁰¹. Ya hemos visto cómo esta inmola- ción se realiza mediante el contacto ininterrumpido con el sacrificio que de algún modo permanece en el sagrario.

96. Cf. Instrucc. sobre el culto a la eucaristía, nn. 6-7.

97. Cf. Conc. Vat. II, Const. *Sacr. Conc.*, n. 2.

98. Cf. Conc. Vat. II, Const. *Lumen Gentium*, nn. 18, 24-26; enc. *Mediator Dei*, l. c., p. 557.

99. «Ninguno de los otros sacramentos instituidos por Cristo supera a este en virtud y excelencia. Los otros confieren la gracia, pero este contiene al mismo autor de la gracia; es origen y fin de los otros; como esplendoroso sol del mediodía en torno al cual giran y son iluminados los otros satélites» (Pablo VI, Carta al Card. Landázuri, l. c., p. 720). La *Myst. fidei* recoge y confirma la doctrina de Santo Tomás: la eucaristía es el fin de todos los sacramentos» (III, 73, 3; 65, 3; en la *Myst. fidei*, p. 764).

100. En la Iglesia «lo visible se ordena a lo invisible» (Conc. Vat. II, Const. *Sacr. Conc.*, n. 2).

101. L. c.

La Iglesia, comunidad de vida, es algo permanente, que exige la dependencia continua de su centro, la eucaristía. Este sacramento es «raíz de todas las virtudes cristianas y fundamento de todo el sistema moral», «fuente y punto culminante de toda la vida cristiana»¹⁰². Ciertamente en el banquete eucarístico Cristo une a sus fieles con El y entre sí en la caridad; pero la Iglesia necesita de esta unión y profundización permanente en la caridad de un modo continuo; y esto se realiza mediante la presencia permanente de Cristo en la eucaristía. El da en cada momento a la comunidad eclesial lo que necesita para existir: «yo soy la vid y vosotros los sarmientos», «sin mí no podéis hacer nada»¹⁰³. Recuérdese que Cristo hace esta alegoría de la vid cuando instituye la Cena Eucarística.

La encíclica *Mysterium fidei* trae unas frases muy expresivas: «mientras se conserva en las iglesias y oratorios... Cristo día y noche está con nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (cf. Jn. 1, 14); ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los ofligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a El, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y buscar no las cosas propias sino las de Dios»¹⁰⁴.

Brevemente. Mediante la presencia permanente de Cristo glorificado en la eucaristía, la Iglesia «vive íntimamente y crece»¹⁰⁵. Crece a la medida de Cristo hasta llegar a su plenitud gloriosa, donde será un sacrificio total para Dios y comulgará sin intermediarios la vida divina en el Señor resucitado¹⁰⁶.

IV.—CULTO Y ADORACION

¿Podremos decir ahora que el culto y adoración eucarísticos fuera de la misa son invención de la Iglesia sin fundamento en la Sagrada Escritura? La desestima u olvido práctico de esta adoración, bajo pretexto de dar más relieve al sacrificio y banquete sagrado puede resultar una falacia de consecuencias funestas. Ante la riqueza de aspectos y virtualidades que

102. Instrucc. sobre el culto a la eucaristía, n. 58.

103. Jn. 15, 5.

104. L. c., p. 771.

105. Cf. Instrucc. sobre el culto a la eucaristía, n. 7.

106. Pablo VI dice que la eucaristía «constituye el corazón de la Iglesia; Jesús habla: allí estoy en medio de ellos» (Mt. 18, 20; cf. Homilía al XVII Congr. Euc. Nac. de Italia, l. c., p. 589). Y en el Radiomensaje al VII Congreso Euc. del Perú: «toda la comunidad eclesial recibe su vida y amor de este centro permanente que es la persona misma de Cristo: la adhesión a esta presencia asegura la conservación y el desarrollo de la vida comunitaria de la Iglesia, de su unidad con El» (l. c., pp. 807-808).

importa la eucaristía, siempre amenaza la tentación de quedarse en un solo aspecto, negando prácticamente la realidad de los demás. Hay que guardar el justo equilibrio para mantener la trascendencia admirable del misterio.

Si la permanencia sacramental es fruto del sacrificio y medio para hacer eficaz en el hombre la comunión sagrada, fácilmente se desprende que el culto a esta presencia permanente completa la liturgia de la misa y prolonga el afecto de la comunión sacramental. Así, cualquier alarma teórica ante la posibilidad de que este culto llevara consigo una desestima de la celebración litúrgica, sería ficticia. Sin embargo reflexionemos siquiera brevemente en esta adoración eucarística fuera de la liturgia, a fin de ambientarla en la historia de la salvación y evitar desviaciones prácticas.

Ante las intervenciones de Dios, los patriarcas respondieron levantando altares en señal de adoración y gratitud ¹⁰⁷. Dios mismo pidió a Moisés un santuario para recibir allí sacrificios de los hombres ¹⁰⁸. Impresiona la plegaria de Salomón, dedicando a Yavé el templo de Jerusalén: «que estén abiertos tus ojos día y noche sobre este lugar, del que has dicho: en él estará mi nombre, y oye toda oración que tu siervo haga en este lugar» ¹⁰⁹. El templo, ya edificado, polarizaba la existencia humana de los israelitas. Era objeto de amor y reverencia, porque allí estaba el Señor. Los salmos graduales reflejan los sentimientos de los peregrinos que, en las fiestas pascales, subían a Jerusalén: «¡cuán admirables son tus moradas, Yavé Sebaot! mi alma anhela ardientemente y desea los atrios de Yavé; mi corazón y mi carne saltan de júbilo por el Dios vivo» ¹¹⁰. Era sencillamente la respuesta agradecida que los hombres daban a la visita de Dios.

La gran visita de Dios a los hombres fue la Encarnación del Verbo, cuando Dios mismo habitó personal y definitivamente entre nosotros. En el umbral de este misterio insondable, Zacarías alaba al «Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo» ¹¹¹. Los mismos judíos, ante las maravillas del Maestro, exclamaron: «un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo» ¹¹².

Jesucristo con su sacrificio aceptado por el Padre, ha respondido a esta visita; El es la llamada y la respuesta, lugar del encuentro.

La habitación o visita de Dios entre los hombres continúa en la

107. Por ejemplo, véanse Gén. 12, 7; 28, 18.

108. Cf. Ex. 25, 1-9.

109. II Par. 6, 20.

110. Sal. 84, 2-3.

111. Lc. 1, 68.

112. Lc. 7, 16.

presencia permanente de la eucaristía. Este sacramento es también signo eficaz de la visita divina, porque contiene a Dios mismo bajo los símbolos de pan y vino, dando a entender que busca la relación interpersonal, que se dirige hacia nosotros como alimento. Signo eficaz también de la respuesta, porque actualiza el sacrificio de Cristo. Pero Cristo es una persona «incorporante»; en cuanto hombre, nos incluye a todos los humanos; y es necesario que cada uno se integre conscientemente en la respuesta ¹¹³.

Hemos dicho que se trata de una presencia personal: «mi carne y mi sangre» equivalen al «Yo» de Cristo. Y la persona tiene un valor en sí misma, no puede utilizarse como una cosa, tiene derecho a nuestro amor y respeto.

Más aún, la persona que se nos entrega es divina. Así el respeto y el culto son adoración. La liturgia romana manda elevar el pan y el vino consagrados para que los fieles adoren con amor.

Una presencia o visita permanente. Por eso la visita o culto de adoración ha de ser también continua. Sin duda el momento cumbre de esta respuesta es la celebración del sacrificio y la comunión sacramental; pero como toda la vida cristiana ha de ser una adoración permanente en comunión con Cristo, los actos de piedad eucarística fuera de la misa, visitas, procesiones, etc., son medios para mantener la continuidad de la respuesta al Dios que nos ha visitado, y permanece entre nosotros ¹¹⁴.

6. Este culto a la permanencia de Cristo ha sido proclamado solemnemente por la Iglesia en el Concilio de Trento ¹¹⁵. La encíclica *Mysterium fidei* exhorta de nuevo: «la Iglesia católica profesa este culto latréutico que se debe al sacramento eucarístico no sólo durante la misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la mayor diligencia las hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo» ¹¹⁶. La «Instrucción sobre el culto a la eucaristía» señala como uno de los fines de la reserva eucarística la adoración de N. S. Jesucristo oculto bajo las especies sacramentales, y regula las distintas formas existentes de culto a la permanencia ¹¹⁷.

Es verdad que en el transcurso de los siglos, según la mentalidad de las distintas generaciones, han cambiado y cambiarán las formas en que

113. «Cristo personalmente presente junto a la luz vacilante de la lámpara solitaria sigue exigiendo una respuesta personal, invitando al diálogo a quienes le adoran con fe» (Cf. Jn. 4, 23; Pablo VI, Radiomensaje al VII Congr. Euc. del Perú, l. c., p. 807).

114. Cf. Juan XXIII, Mensaje al XVIII Congr. Euc. Nac. de Francia, 5 de julio de 1959: AAS 51 (1959) 537.

115. *Can. de ss. Euch. sacramento*, can. 6, Dz. 888.

116. L. c., p. 769.

117. Nn. 49-67.

se encarna el culto a la presencia permanente. Pero nunca podrá renunciar a él la Iglesia, porque va necesariamente incluido en la naturaleza del misterio eucarístico. Las distintas prácticas que se suceden en el tiempo brotan de la única fe eclesial ¹¹⁸.

Y ahora una pregunta inevitable, ya en el terreno práctico: ¿celebración comunitaria del sacrificio, o actos cultuales de adoración eucarística fuera de la misa?

Las exageraciones pueden venir por los dos extremos. No se puede limitar el culto eucarístico a la celebración litúrgica; pero tampoco se deben celebrar los actos extralitúrgicos sin referencia alguna a la celebración sacrificial. Ambas posiciones son exageradas e igualmente reprobables. Hay que buscar el término justo de acuerdo con las últimas orientaciones de la Iglesia.

Sin duda el «vértice del culto divino de la Iglesia y de la economía sacramental es la eucaristía» ¹¹⁹; y en el culto eucarístico la celebración del sacrificio ¹²⁰.

Pero el sacrificio de la misa es signo de una inmolación que deben realizar los cristianos en toda su existencia ¹²¹; y la comunión sacramental debe prolongarse en toda la vida humana ¹²². Esta dimensión sacrificial y esta comunión constante se realizan mediante las prácticas extralitúrgicas de adoración. En la permanencia sacramental persiste el sacrificio eucarístico; en la adoración permanente, aún extralitúrgica, este sacrificio permanente se hace realidad vital: «se reservan las especies después de la misa para prolongar la gracia del sacrificio» ¹²³.

De ahí que las prácticas de culto eucarístico fuera de la misa, están en dependencia íntima de la celebración sacrificial. La carne que adoramos en las visitas y procesiones del Santísimo es «fruto del sacrificio» ¹²⁴: «las sagradas especies que quedan después de la misa no sólo proceden de la misma sino que se guardan para que los fieles que no pueden asistir se unan a Cristo y a su sacrificio» ¹²⁵. Estas prácticas cultuales extralitúrgicas son encuentros que interiorizan el sacrificio y preparan al encuentro profundo de la comunión sacramental. Por ello al regular estas prácticas, la

118. Cf. *Myst. fidei*, pp. 769-770.

119. Carta de los obispos alemanes, Fulda, 22 de septiembre de 1967, n. 37.

120. Cf. Instrucc. sobre el culto eucarístico, n. 13; Conc. Vat. II, Decret. *Presbytericum ordinis*, n. 6.

121. Cf. enc. *Mediator Dei*, l. c., p. 556; Instrucc. sobre el culto eucarístico, n. 13.

122. Cf. Instrucc. sobre el culto eucarístico, nn. 13 y 38.

123. *Ibid.*, n. 3 g; cf. n. 50.

124. *Ibid.*, n. 55.

125. *Ibid.*, s. 3 e).

Iglesia insiste en que aparezca a ser posible, su conexión con el sacrificio ¹²⁶.

Teniendo presente esta conexión, fácilmente se comprende la conveniencia y necesidad del culto eucarístico fuera de la celebración litúrgica. La «Instrucción sobre el culto a la eucaristía» señala claramente la posición de la Iglesia sobre este punto: «hay pues que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en la celebración misma de la misa como en el culto de las sagradas especies, que se reservan después de la misa para prolongar la gracia del sacrificio» ¹²⁷.

CONCLUSION: «HASTA QUE VENGA»

Mediante la permanencia sacramental del Señor resucitado en la eucaristía, la Iglesia se constituye en sacramento de comunión o encuentro permanente entre Dios y los hombres. Cristo está ahí presente para que los hombres respondan a la visita de la Encarnación, que permanece en la eucaristía.

Presencia permanente: realidad propia de la nueva alianza. Dios ya está con nosotros en Cristo glorificado, presente e interiorizado en la Iglesia peregrina.

Presencia sacramental: signo profético de una comunión total hacia donde camina la Iglesia: «preludio de una futura, lúcida y maravillosa palingenesis escatológica; cuando Jesús visible y triunfante, retorne al fin de la historia, hasta que venga» ¹²⁸. Entonces la permanencia eucarística habrá llegado a su plenitud: Dios será todo en todos para siempre ¹²⁹.

126. «Hay que procurar que en tales exposiciones (del Santísimo) el culto manifieste en signos su relación con la misa» (Instrucc. sobre el culto eucarístico, n. 60). Precisamente para manifestar esa conexión de las prácticas culturales extralitúrgicas con el sacrificio santo de la misa, así como su dependencia del mismo, la Instrucción da normas bien precisas (nn. 50-67).

127. N. 3 g).

128. Cf. I Cor. 11, 26; Pablo VI, Homilía predicada en Letrán «In Coena Domini», l. c., p. 381.

129. Cf. I Cor. 15, 28; Apoc. 21, 22-23.